

Prólogo

Me llamo Salomon Joch; Joch, como la pequeña localidad que hay en el centro del Rosellón. Nací hace ya mucho tiempo en un país donde reinan los olivos, cantan las cigarras y no existe el tiempo. Represento una casta enigmática para el resto de los mortales: los sacerdotes exorcistas. En este campo circulan los rumores más inverosímiles, cuyos secretos guardan celosamente unos pocos privilegiados. Los espíritus torturados acaban siendo los peores fantasmas en estos rituales. Para los fieles, soy un combatiente del diablo. Mi trabajo fascina y atemoriza a las almas sensibles por igual. Entendería que les hiciera gracia, pero les daré un consejo de amigo: no intenten salir a mi encuentro. Si algún día tuvieran que hacerlo, significaría que enfrentan un grave problema con las fuerzas de las tinieblas. No les costará reconocerme, pues soy el único eclesiástico que combina una sotana negra con un sombrero de *cowboy* y botas de montar.

Soy un hombre de fe, y, para mí, el mal no tiene nada de misterioso. Conozco todas las señales, todos los rituales y todos los procedimientos necesarios para luchar contra los ángeles negros. Cobro más fuerza en cada iglesia que piso. El caballero San Jorge, cuyo escudo luce la cruz roja de los templarios, es mi patrón. Igual que San Jorge, mi deber es enfrentarme al dragón. Aquí, en tierras catalanas, he vivido las experiencias sobrenaturales más espectaculares de

mi larga vida. Creía que con ellas encontraría el descanso, pero no fueron más que batallas infernales.

Asumí tal responsabilidad siendo plenamente consciente de que no tenía elección. He aprendido de los mejores teólogos del mundo y soy el representante de la santa doctrina de la fe. Respondo únicamente ante el papa en persona y poseo el título de Gran Exorcista del Vaticano. Solamente él sabe quién soy en realidad y, en este sentido, el Santo Padre me ha dado carta blanca para hacer lo que quiera y como quiera. He recorrido tierras desconocidas y descubierto civilizaciones y culturas perdidas desde hace décadas, y he encontrado la huella de las fuerzas del mal en cada rincón.

Ahora ha llegado el momento de que comparta mi larga experiencia con ustedes. Tengo que limpiar mi conciencia. Las escenas y súplicas de las cuales he sido testigo me persiguen. Haber vivido lo que les contaré demuestra inventiva, o irracionalidad, o como quieran llamarlo, pero basta con que les diga, para su tranquilidad, que se trata de ficción. ¡Lean y comprenderán!

A quienes crean no les hará falta explicación alguna.

A quienes no crean no podré darles ninguna explicación.

La esfinge

*De Acharamoth salió el Demiurgo, forjador
de los mundos, de los cielos y del Diablo.**

Nada más llegar al Rosellón, me acordé de un prejuicio acerca de sus habitantes. Ya me habían avisado de que los catalanes tenían mala reputación; una fama que se remontaba a sus antepasados. Según los científicos, los habitantes de Tautavel eran unos caníbales. En Sicilia, las Vísperas Sicilianas habían dejado tal huella en la memoria de los oriundos que, en la Edad Media, se utilizaba la expresión «malvado como un catalán». Los almogávares, los mercenarios del rey de Mallorca, fueron demonios sanguinarios sin igual. Incluso en el mundo del *rugby*, un deporte con valores ejemplares, la reputación de bárbaros seguía persiguiendo a nuestros amigos. Yo, con mi personalidad optimista, pensaba que unos energúmenos que comían caracoles tostados, bebían vino dulce natural, bailaban al son de instrumentos cuyo sonido podría perforarle el tímpano a cualquiera y que tenían un asno como emblema, aquellos individuos, no podían ser del todo malos. En el peor de los casos, se podía decir que eran un

* Flaubert, G. (1975). *La tentación de San Antonio* (pp. 153). (Trad. Elena del Almo). Madrid: Editorial Cuadernos para el diálogo, S. A. (Trabajo original publicado en 1874). (*N. de la T.*)

poco toscos, brutos y salvajes, al igual que los paisajes majestuosos que tanto hechizaban esas tierras. Me encontraba, pues, en *Catalonie*.*

La primera de mis extrañas encomiendas tuvo lugar en pleno centro de la ciudad de Perpiñán, donde fui testigo de una visión mitológica. Esta perturbadora aventura terminó con un enigma que tuve que resolver para no palmarla ahí mismo.

Una casita metida entre la casa parroquial y el majestuoso pórtico de la catedral de San Juan fue el escenario de unos inquietantes acontecimientos. Una anciana llamada Lucile Gorki vivía allí, sola y rodeada de gatos. Su casa era un santuario para cualquier felino del vecindario. Lucile Gorki odiaba la especie humana. Comunista por naturaleza y anarquista visceral, la mujer detestaba la religión. No hablaba con nadie, permanecía completamente recluida en su casa y tenía declarada una guerra de trincheras a las autoridades religiosas. No soportaba el toque de las campanas los domingos y a menudo intentaba prender fuego a todo aquello que representara un objeto de culto. Es probable que dicho comportamiento radical se debiera a su educación y a su trabajo. Lucile era vigilante nocturna. Se pasó más de cincuenta años custodiando los pasillos del Museo de Historia Natural, situado en el casco antiguo de la ciudad. Gracias a su gran erudición, se sabía la historia de cada una de las colecciones del museo al dedillo, sobre todo si se trataba de las antigüedades egipcias. No solo conocía los objetos, sino también su origen, aunque fueran de otros continentes.

* Denominación establecida por la Administración francesa siguiendo el modelo de Occitania, aparecida tras el Tratado de los Pirineos, para denominar la zona sur de Francia que delimitaba con el norte de la actual Cataluña. (*N. de la T.*)

Era una pobre mujer amargada con una única razón para vivir: sus gatos. Los llamaba a cada uno por su nombre y, cuando salía a pasear por el campo santo, estos solían seguirla. Un día, la mujer dejó de dar señales de vida. Era originaria del departamento del Norte de Francia. Hay que reconocer que ya no quedaban muchos bolcheviques en el Rosellón. ¿Qué había pasado con Lucile Gorki? Fueron pocos los que notaron su ausencia, hasta que, un día, un fuerte olor a putrefacción llevó a la brigada del ayuntamiento a abrir la puerta del pequeño inmueble. Los agentes públicos se toparon con una legión de monstruos. La mayoría de los gatos se habían devorado los unos a los otros; los que habían sobrevivido se habían convertido en fieras y fueron abatidos. La soviética llevaba muerta un mes. Sus pequeños ahijados se la habían comido. La policía solo encontró un esqueleto, un montón de osamenta blancuzca esparcida por toda la casa. También descubrieron una habitación que se había convertido en una leonera con todo tipo de porquerías. La protectora de animales llegó a contar sesenta y seis gatos muertos en bolsas de basura. Al finalizar la limpieza, cerraron el domicilio. El notario se puso a investigar y descubrió que Lucile Gorki tenía un solo heredero: un sobrino llamado Igor Gorki. El joven, que vivía en Dunkerque, solicitó que pusieran la residencia a la venta. Una agencia del centro de la ciudad se hizo con la exclusiva. La construcción era sólida, pero estaba mal orientada. La primera persona en comprobar el estado del inmueble fue una joven trabajadora. Nada más girar la llave en la cerradura de la puerta, un jarrón se precipitó desde arriba de las escaleras, donde había una estatua a tamaño real de un gato egipcio, y cayó a sus pies. La joven, asustada, salió corriendo, sin la más mínima intención de descubrir si alguien estaba okupando la casa.

Al día siguiente, el mismo director de la agencia, un hombre llamado Trouge, se presentó allí, convencido por la comercial de que tenía que ir a comprobar un problema. Después de abrir la puerta, una corriente de aire helado envolvió la estancia. El frío fue aumentando a medida que el señor Trouge se adentraba en la vivienda. De repente, la puerta de la habitación empezó a chirriar y a abrirse lentamente. Se oyó una risa malvada seguida de un maullido siniestro. El director de la agencia alumbró la zona. Una silla de ruedas se abalanzó hacia él. No había nadie sentado en ella. El hombre, cuya valentía dejaba mucho que desear, bajó las escaleras a todo correr. Antes de salir, se dio la vuelta. Vio una sombra gigantesca levantarse de la silla y oyó un portazo tras de sí.

De vuelta a la agencia, el señor Trouge llamó al propietario. Igor Gorki escuchó los acontecimientos con gran interés y le informó de que la casa llevaba siglos encantada. Igor detentaba el diario íntimo de su tía, donde había anotaciones inquietantes que demostraban dicha hipótesis.

Me acuerdo del encuentro con el señor Joseph Trouge. Yo estaba peritando la mano momificada de San Juan Bautista, una santa reliquia de la catedral de Perpiñán. La datación por carbono-14 indicaba que ese objeto era del año 30. Más extraño aún era el hecho de que la mano habría pertenecido a un hombre de más de dos metros. Los evangelios describían a ese santo como un ermitaño tosco que vivía en el desierto, se alimentaba de langostas e incitaba al pueblo a convertirse con tal de preparar la llegada del Mesías. Yo quería intentar hacer un retrato robot de ese personaje bíblico. Estaba acabando de tomar medidas cuando un hombre rechoncho y de poca estatura se me acercó. Su mirada estaba llena de una única emoción: miedo. Esa sensación que nos deja petrificados ante el peligro.

Esa emoción que nos deja sin aliento y hace que el corazón se nos acelere. Ese peculiar sentimiento que determina si somos cobardes o héroes y que yo sentía constantemente desde que luchaba contra el mal. Y, aun así, a pesar de haber tenido experiencias atroces, seguía con vida. «Ese hombre ha visto al diablo como mínimo», me dije.

El visitante me saludó y, con una voz temblorosa que delataba la angustia que sentía, me preguntó:

—Buenas tardes, señor. Me llamo Joseph Trouge y soy el director de una agencia inmobiliaria. ¿Es usted el padre Salomon Joch?

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle? —respondí.

—Hay un asunto preocupante... Y, como ve, me inquieta hablarle de esto, pero debe saber que la casa que hay al lado de la casa parroquial está... —El hombre hizo una pausa antes de soltar una palabra que parecía que le molestara—. ¡Embrujada!

Cerré mi carpeta y guardé la mano momificada de Juan Bautista. Miré a mi interlocutor a los ojos y vi que no estaba mintiendo. «¡Acción, por fin!», pensé, y le dediqué una sonrisa.

—Y, dígame: ¿qué o quién ha embrujado esa casa?

—Francamente, padre, no sé absolutamente nada al respecto. Lo que sí he visto ha sido una silla de ruedas *poseída* correr hacia mí.

Aquella anécdota me pareció más bien divertida. Me puse a pensar en voz alta.

—Una silla de ruedas que avanza sola. ¡Asombroso! Le creo. Hijo mío, dígame todo lo que sepa de ese lugar.

El agente inmobiliario me contó tres veces los hechos que había presenciado, sin cambiar el más mínimo detalle.

—De acuerdo, me ha quedado claro. ¿Trae las llaves consigo, señor Trouge?

—Sí, padre. Aquí están.

—Perfecto. Vayámonos.

La casa de Lucile Gorki tenía una forma extraña. Era muy estrecha y muy alta, y estaba metida en un recoveco de la catedral, contra la casa parroquial. Se dividía en tres pisos escondidos tras seis metros de fachada. Me había fijado en esa particularidad arquitectónica, pero no había sentido malestar alguno al mirarla. Me quité la cruz de madera que llevaba alrededor del cuello. Antes de meter la llave en la cerradura, recé un padrenuestro. El agente inmobiliario se santiguó. Tenía la sensación de que ocurriría algo y me dio su linterna. Empujé la puerta con decisión, evitando salir de la escalinata. Respiré el ambiente, tratando de detectar olores que pudieran darme alguna pista. Un malestar se apoderó de mí. ¡La casa olía a meado de gato!

Un pequeño inciso para mis amigos lectores: no me gustan los gatos, menos aún los negros. Son seres maléficos, hipócritas y están poseídos. Un buen ragú de gato en tiempos de penuria está especialmente sabroso. Lo mismo ocurre con las ratas, los erizos y los coipos: animales crujientes que nos deleitan y nos llenan la barriga. En cambio, jamás he comido perro o caballo; se trata de una cuestión de principios.

Pronuncié la oración del benedícite y me santigué. Entré en la vivienda. Un frío de mil demonios me envolvió. Parecía venir de arriba. De repente, oímos un golpe en la pared. Fue un sonido breve e intenso. Entonces vi cómo la estatua del gato egipcio me miraba fijamente. El retrato de la señora Gorki que colgaba de la pared ponía los pelos de punta. En él, la soviética representaba a la reina del Gran Imperio. No tenía ni pizca de la belleza de Nefertiti;

salía más fea que Picio. El agente inmobiliario hizo bien en venir a buscarme. El edificio entero estaba cargado de energía negativa. El propietario me dejó las llaves unos días para que limpiara el domicilio.

A principios de semana esparcí harina por el suelo de cada una de las estancias, cubriéndolo todo con una fina película blanca a mi paso. Transcurrieron veinticuatro horas. Al día siguiente regresé para inspeccionar el lugar. La harina había permanecido intacta a lo largo del pasillo y en las escaleras que llevaban hasta la estatua del gato. Sin embargo, en la habitación de la anciana se podían apreciar unas pequeñas huellas. Decidí quedarme un momento a observar posibles fenómenos. Encendí una vela y recité una oración. Aquel ritual no me decepcionó. Un cajón se abrió despacio. Luego el armario se entreabrió, acompañando la acción con un chirrido siniestro. Entonces, la mecedora empezó a moverse. Por último, vi cómo se iban imprimiendo pequeños pasos en el suelo cubierto de harina. Seguí el recorrido del fantasma, que se dirigía a la cama. Me fijé en el colchón. Parecía que alguien acabara de tumbarse ahí. Volví a establecer comunicación con el ser que había en la habitación.

—Señora Gorki, ¿está aquí?

La cama empezó a crujir ligeramente. Tenía los nervios a flor de piel y me costaba tragar saliva. Repetí la pregunta.

—Espíritu, si eres la señora Gorki, dame una señal.

Sonó un ruido fuerte y seco contra el muro. Un aire gélido avanzó hacia mí. Peor aún fue constatar que en la harina esparcida por el suelo estaban apareciendo nuevos pasos que se dirigían hacia otra estancia. Seguí al fantasma, vela en mano. Se paró delante de un papiro de *El Libro de los Muertos* que había colgado en la pared con una repre-

sentación de Anubis. El ectoplasma quería hacerme llegar un mensaje. Una corriente de aire apagó la llama de la vela. Una fuerza inconmensurable me empujó hacia las escaleras. Caí torpemente, rodé peldaños abajo y, si sigo con vida, es gracias a un tapiz persa de gran tamaño que había enrollado en el suelo. Salí del domicilio con magulladuras, pero sin duda alguna de que allí habitaba un poder maligno. Tenía que encargarme personalmente del caso de la señora Gorki.

Aquella misma tarde aproveché para indagar en el obispado de Perpiñán. Consulté los archivos de la diócesis sobre la construcción de la catedral. Algo me llamó la atención: la casa estaba situada en el punto exacto en que los paganos —en este caso, los celtíberos, un pueblo primitivo del Rosellón— habían erigido un dolmen destinado a los sacrificios. Lo que estaba a punto de descubrir acerca de ese lugar hizo que fuera más prudente que nunca. Los demonios de antaño, que tanta adoración recibían en tiempos inmemoriales, solían ser los peores.

Al día siguiente, un mendigo fue el primero en avisarme. Delante de la plaza de la catedral vi a un ser humano a quien yo llamaba «el híbrido». Iba a cuatro patas, con sus manos y sus atrofiadas piernas completamente invertidas. Parecía una araña enorme. El pobre desdichado me vio dirigirme a la casa de la señora Gorki y, con una voz que parecía más bien la de un muerto, dijo:

—Sacerdote, no vayas a enfrentarte al felino maligno. ¡Te matará!

Me encontraba frente a la puerta, vestido con mi sotana y una Biblia en la mano. Un trozo de piedra afloraba del suelo de la plaza; seguramente fueran vestigios del dolmen. Empujé la puerta con sosiego. Estaba empezando a subir las escaleras, que ya me costaba lo suyo, cuando un aullido irrumpió en la oscuridad. Apunté a la puerta de la habitación con la linterna y, acto seguido, aparecieron dos puntos rojos. En ese mismo momento, una silla se despegó del suelo para estrellarse a mis pies. Estaba solo ante una presencia. Esta vez, ya no se trataba de la endeble señora Gorki. Tenía que descubrir a qué me atenía: ¿una fuerza maligna o un ser vivo? Barrí el interior de la habitación con mi haz luminoso. En la pared, un retrato de Lenin cubierto por una bandera roja con un martillo y una hoz indicaba que la señora Gorki debió de ser comunista. Sonreí. Un demonio en casa de una partidaria del bolchevismo era cuando menos paradójico. Dirigí la mirada a la cama de estilo Enrique II. Aquella cosa debía de esconderse debajo. Por cuestiones de seguridad, me armé con un trozo de silla rota que usé como porra. Fui golpeando los salientes de la cama para localizar lo que quiera que hubiera en ese lugar. Entonces ocurrió algo extraordinario. La cama empezó a moverse. Lentamente. El mueble debía de pesar más de cien kilos. De golpe, la cama quedó patas arriba. Di un paso hacia atrás, agarrando con fuerza la linterna y el bastón, y me dije: «¿Qué narices es esto?».

De repente vi a un animal cuyo secreto solo podía esconderse en la mitología griega. Ese animal fantástico con busto de mujer, cuerpo de león y alas de pájaro se erguía con orgullo frente a mí. Yo, allí, con mi traje de sacerdote, me sentía impotente. Aquella fantasmagoría gozaba de una belleza demoníaca. Era el rostro de la se-

ñora Gorki. Me examinó un buen rato antes de dirigirme la palabra.

—¿Sabes quién soy, Salomon Joch?

—Si no me falla la memoria, eres una criatura mítica, hija de Tifón y de la Quimera. Y ahora has adoptado el aspecto de la pobre Lucile.

—¡Te equivocas, jesuita! Tú estás hablando de mi primo griego. Yo, en cambio, soy la esfinge egipcia. La original. La guardiana de las pirámides. Como ya debes de saber, para vencerme tienes que responder a un enigma.

—Sí, ya sé cómo va. Es como ese programa de la televisión, *Saber y ganar*.

—Yo no estaría tan seguro. Mis enigmas son más complicados que los de mi primo griego. ¡Si fallas, mueres!

En ese instante, la esfinge desplegó sus alas y mostró sus garras de felino.

—No te las des tan de listo, Salomon, y escucha con atención. Te daré un minuto para responder.

—¡Estoy listo, ser infernal!

La esfinge castañeo los dientes y luego anunció el enigma.

—En una habitación hay cuatro esquinas. En cada esquina, hay un gato. Delante de cada gato, hay tres gatos. Y, encima de la cola de cada gato, un gato. Así que, dime, jesuita, ¿cuántos gatos hay en la habitación?

Cerré los ojos y visualicé el cuarto con los gatos. Hice el cálculo y di con una solución demasiado evidente. ¡Era una habitación enorme! Agotado el tiempo, respondí.

—Esfinge —le dije—, la respuesta es cuatro gatos. La cosa es que cada gato ya tiene tres gatos delante, que están en las otras esquinas, y cada gato está sentado sobre su propia cola. Simple. Es una cuestión de lógica.

Al oír esas palabras, la rabia se apoderó de la esfinge.

Esta se abalanzó a la ventana y desapareció en el cielo, no sin antes reducir los postigos a polvo.

Me apresuré para ver en qué dirección se había escapado aquel ser fantástico, pero fijé mi vista en las gárgolas de la catedral. Me había parecido ver cómo una de ellas acababa de petrificarse en esa fachada gótica.

Cerré la residencia de la señora Gorki y aconsejé al obispo que comprara el edificio para agrandar la casa parroquial. Las casas, al igual que las personas, también deben morir. Una vez terminado mi trabajo, coloqué las estatuas de distintos santos alrededor de la vivienda para serenar el lugar y recogí la formidable escultura del gato egipcio, que debía de tener más de tres mil quinientos años de antigüedad.

Por las noches, cuando observo las distintas gárgolas y quimeras de la catedral, no puedo evitar pensar en la criatura mitológica que derroté. Probablemente la esfinge estuviera vigilando entre esos animales monstruosos mientras esperaba el momento de vengarse.